

todoxia oriental, en el diálogo ecuménico, etc. En general Visser't Hooft muestra ciertamente una visión protestante de estas cuestiones, etc. En general, Visser't Hooft muestra ciertamente una visión protestante de estas cuestiones, — ampliando en consecuencia la importancia de los teólogos y minusvalorando la del magisterio— pero dejando traslucir al mismo tiempo cierta apertura a otros modos de presentar las cosas.

El problema que analiza es, por lo demás, difícil de resolver desde un punto de vista reformado, por la dificultad de entender la relación entre el magisterio de origen sacramental y la Iglesia. Esto lleva a entender las relaciones entre magisterio y teología en términos de influencia o lucha por el poder. Con esta visión, los acontecimientos históricos aludidos —no propiamente estudiados— son presentados de forma un tanto simplificada, como una mera dialéctica entre autoridad y libertad ejemplificada con algunos ejemplos seleccionados. Pero las cosas son más complejas, y el tema merece un análisis mucho más detenido.

César Izquierdo

TEOLOGÍA MORAL Y ESPIRITUAL

Francisco José ALARCOS MARTÍNEZ, *Para vivir la ética en la vida pública*, Col. «Para leer, comprender, vivir» 75, Verbo Divino, Estella 2000, 154 pp., 22 x 22, ISBN 84-8169-347-2.

El Autor es sacerdote de la diócesis de Guadix-Baza desde 1987, donde desempeñó tareas pastorales casi por una década hasta su traslado a Madrid para realizar la Licenciatura en «Moral y Pra-

xis de la vida cristiana» en la Universidad de Comillas. En la actualidad compagina la docencia en el Centro de Estudios Teológico-Pastorales «S. Torcuato» de Guadix, del que es también Director, con la docencia en el Centro de Humanización de la Salud (Madrid). El libro va prologado por Marciano Vidal y cabe pensar —aunque no se dice expresamente— que tenga su origen en el trabajo de investigación de la citada Licenciatura.

Estas páginas parten de una doble percepción: la experiencia directa de la pobreza en una comunidad parroquial, con las deficiencias humanas y sociales que están en su base y las que ella misma comporta, y de otra parte, en conexión con esa situación aunque en un sentido más amplio, la advertencia de un fenómeno frecuente en la actualidad, como es el de la privatización de la fe, que se manifiesta en actitudes de insolidaridad. Las cuestiones que suscita esa doble observación inicial impulsan a una reflexión que se propone desentrañar los perfiles teológicos, éticos y pastorales de la contribución de los cristianos a la construcción de una sociedad justa y solidaria en un entorno de pluralismo religioso, moral y cultural.

Tales motivaciones conducen la estructura del libro, que se desarrolla en cuatro capítulos. El primero de ellos ofrece una interpretación del proceso de privatización de la fe y la secularización, considerándolos como fenómenos típicos de la modernidad. Junto a ello, o mejor, como desencadenantes de ese proceso, se describe el giro epistemológico moderno —la concepción del orden moral desde Aristóteles hasta la Ilustración, pasando por el pensamiento cristiano antiguo y medieval— y la evolución en el ámbito del pensamiento

político a partir de Hobbes. Esta sección se completa con una alusión a la aparición de la privacidad en el pensamiento reformado y en el liberalismo político.

El propósito del capítulo resulta, pues, ambicioso, e incluso demasiado ambicioso, no sólo porque la mirada se dirige a períodos históricos muy extensos, que hacen desear de entrada un estudio de fuentes —aunque se aportan con frecuencia textos a título ilustrativo—, sino por la misma complejidad que entraña una delimitación de la «modernidad», que cuaja en realizaciones muy variadas.

Presentada la privatización de la fe, como consecuencia de la crítica de la razón ilustrada a la religión y por tanto como hecho característico de la modernidad, el autor aspira en el capítulo segundo a ofrecer una solución, a cuyo efecto expone, con detalle aunque a la vez distanciándose de ella, la propuesta de «teología política» de J.B. Metz como respuesta teológica a la privatización religiosa. El paso siguiente (cap. 3) conduce a afirmar que tal articulación política de la fe necesita de la mediación de la ética. Tras aludir al nuevo marco eclesiológico que cuaja en el concilio Vaticano II, intenta formular una propuesta de ética pública recorriendo las distintas cuestiones implicadas (la especificidad de la moral cristiana, la caridad política, justicia y bien común, la solidaridad en clave liberadora, la articulación entre una ética de mínimos común y las éticas de máximos correspondientes a distintos sectores sociales), para esbozar desde ahí una identidad política de la ética cristiana. Finalmente (cap. 4), se aborda la dimensión pública de la fe desde una perspectiva pastoral, señalando la parroquia —frente a otros grupos, movimientos o asociaciones eclesiales— como centro de espiritualidad secular y

principal responsable de las realizaciones pastorales en el ámbito público.

El tema, de indudable interés, suscita innumerables cuestiones en cada uno de los puntos tratados. La bibliografía aparece polarizada en algunas secciones, otorgando la primacía a los trabajos que asumen la opción de la esperanza, de la praxis, o de la liberación.

La superación del fenómeno de la privatización de la fe constituye, desde luego, una tarea urgente entre las que atañen hoy a la teología y es mérito del autor haberlo detectado y afrontado. No obstante, un diseño más acotado del objeto del trabajo hubiera permitido ceñir más el discurso y evitar así la impresión de yuxtaposición que a veces deja el tratamiento de las cuestiones. A título de ejemplo, resulta incoherente exponer con cierto detalle la propuesta de Metz, y a la vez señalar que no se comparten algunos de sus presupuestos ni de sus conclusiones. Si, de una parte, la realización de la esperanza cristiana necesita de la mediación de contenidos éticos, y de otra, la actuación en el espacio público reclama una actitud de diálogo —en amabas afirmaciones concuerdo con el autor—, resulta clara la necesidad de una reflexión sobre la relación entre acción política, conciencia, consenso y verdad más amplia que la que el texto nos ofrece.

Es loable, sin embargo, el intento de ofrecer una reflexión desde bases teológicas sobre la contribución que a los cristianos corresponde en la construcción de una sociedad más justa y solidaria. Y por eso hay que felicitar al autor y animarle a continuar en un empeño que se presenta con urgencia insoslayable a la conciencia de los hombres de hoy y por tanto a la teología.

Rodrigo Muñoz